

POEMAS DELFICOS

I

Tengo en la mano el instante preciso:
el dedo de la aurora perfila las aristas
y el silencio envuelve la calma de las piedras...
Delfos resucita.

II

Este techo de luz...; este rubor de montañas en duda
que vacilan por ocultar la noche...
este renacer sonoro de árboles y plantas,
libres ya del acoso del viento... es Delfos en el altar del día.
Delfos que sueña los mármoles perdidos
cuando el aire esparce lamentos de sombras degolladas...

III

¡Duele en los ojos tanta belleza rota!
oráculos cumplidos a la sombra del tiempo,
fragmentos derrotados de tanta gloria ida
se despeñan, sin duelo, por las murallas ciegas...
Delfos sufre la invasión de los pueblos
que en rebaños sin alma devoran los restos del banquete.

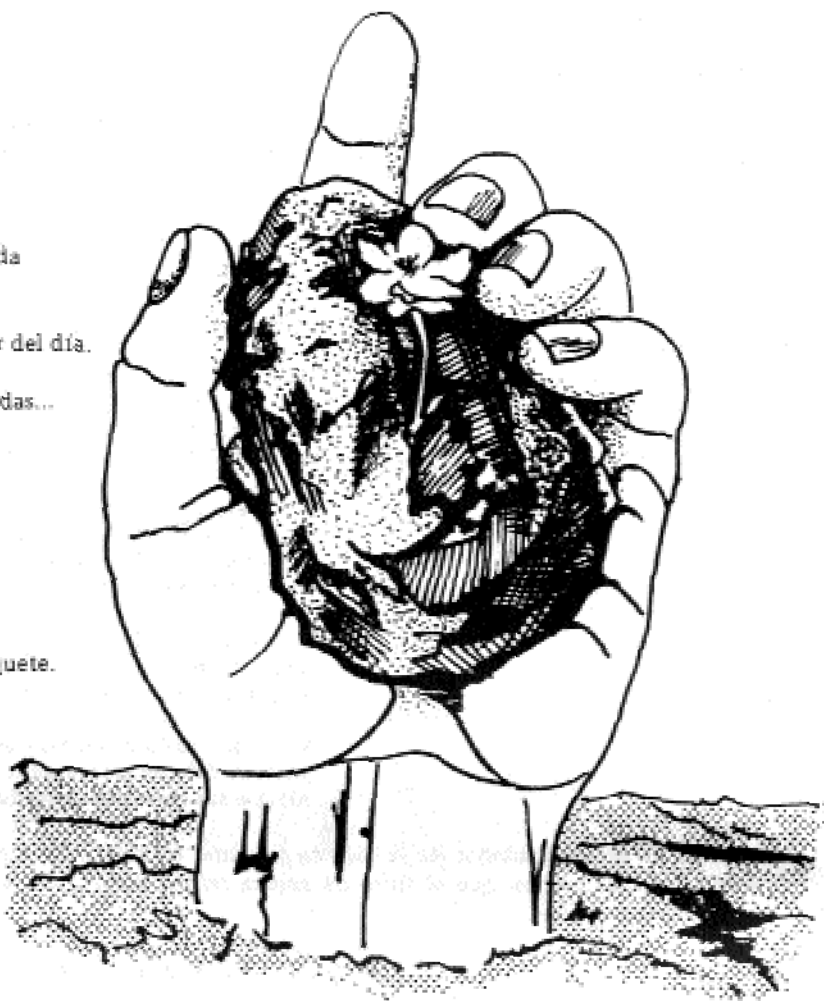
IV

El dolor de la tarde... el crepúsculo...
la calma llena los espacios vacíos
y el sol pone un destello de dulzura
allí donde sangran las ruinas desnudas.
El mármol violado en el silencio descansa,
y el viento, que inflama los cipreses,
cierra las últimas heridas del otoño...

Sólo estoy yo: perdido estoy
en un campo de sombras...
Pienso en el hombre, auriga del destino,
anfitrión de sí mismo en el banquete del tiempo;
el hombre, suicida de su estirpe,
que siembra en su regazo torsos sin rostro,
lagunas en el aire...
En la hora suprema
una invasión de muerte me subleva
y quisiera llenar de luto las estrellas...
Delfos declina.

V

Es la noche una pasión de muerte.
Todo muere en la piedra y en la noche.
Los dioses más altivos son polvo de silencio
y sus cuencas vacías ruedan como sombras.
Nada en el viento, nada en la palabra.
Barrida con la luz toda ilusión de hombre,
de cosa señalada, de vida y de recuerdo...
Delfos se diluye en el tiempo.



JUAN F. VILLAR DEGANO